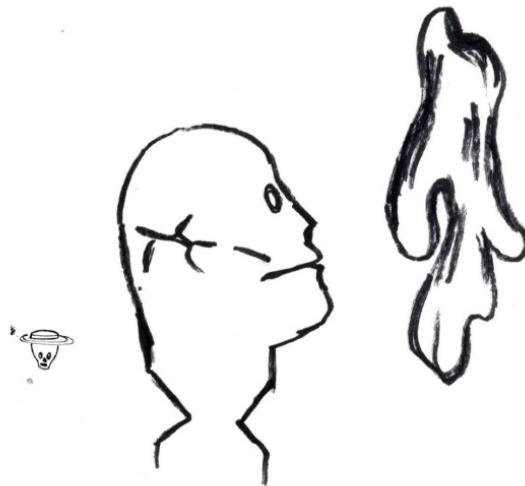


PARVA FORMA

Revista Inactual de Arte y Literatura



ESCRITURAS

Octavio Armand • Stephen Spender • Damaris Calderón
Dolores Labarcena • Michael H. Miranda • Javier Marimón
Pablo de Cuba Soria • Edmond de Goncourt
Francisco Díaz Solar • Reinhard Priessnitz
Carlos A. Aguilera • José Prats Sariol

OBRA PLÁSTICA

Ezequiel O. Suárez

I - 2021

Isla de Richmond • Lomas de Arkansas • Isla de las Sinalectas • Bosque de las Carolinas

DIRIGÉN

Pablo de Cuba Soria

Javier Marimón

Michael H. Miranda

Luis Carlos Ayarza

Library of Congress ISSN: 2768-3265

© *Parva Forma* Magazine, 2021

© Casa Vacía, 2021

Mapa: © Mónica Peña, 2021

www.editorialcasavacia.com/parva-forma-magazine

[casavacia16@gmail.com](mailto:cavacia16@gmail.com)

Parva Forma Magazine se hace en:

Richmond, San Juan, Fayetteville, Wilson



SUMARIO

Editorial / 4

Octavio Armand: *La guillotina democrática / 5-8*

Stephen Spender: *Cyril murió el martes / 9-11*

Damaris Calderón: *Dos poemas / 12-13*

Dolores Labarcena: *El cantar de los cantores / 14-17*

Michael H. Miranda: *Arder (Ensayo en la biblioteca) / 18-21*

Javier Marimón: *Ezequiel O. Suárez: Un lago de peces hacia atrás / 22*

Pablo de Cuba Soria: *Muerte de Sócrates con coral para órgano / 27-28*

Edmond de Goncourt: *Últimas horas de Jules de Goncourt / 29-30*

Francisco Díaz Solar: *Dos poemas de Reinhard Priessnitz / 31*

Reinhard Priessnitz: *frotación – en el má(r)s abierto / 32-33*

Carlos A. Aguilera: *Kirilov ‘el bueno’ soñaba con gallinas / 34-36*

José Prats Sariol: *Cioran y la podredumbre / 37-39*

§

Obra plástica: Ezequiel O. Suárez

Sv Picasso



PARVA FORMA

EDITORIAL

La Imprenta Aldina de Teobaldo Manuzio abre sucursales (cuartos propios) en *finis terrae de America* (sic): la Isla de Richmond, las Lomas de Arkansas, Bosque de las Carolinas, y la Isla de las Sinalectas.

Parva e Inactual, venecianamente americana.

America (sic): *acirema* mental.

Piccola, minimalista; en territorios de Verso y en territorios de Prosa.

Inactual desde el mulato Homero hasta el ario Piñera; de la caribeña Safo al sudaca Joyce; del narra Dante al vikingo Borges; del otomano Hesíodo al samurái Valéry; del indígena Sófocles al navajo Lezama.

Los artistas encueros de Altamira pensaron esta revista: araña-
zo en la piedra; nosotros (Kubrick de por medio) la definimos:
uploading resonancias en la telaraña digital.

Cosas que nos incumben: conspirar, encender fuego en con-
junto, fabular; convertir el Gigabyte en Letra, o por los menos,
en Sílaba.

Cosas que no nos incumben: las casas sin libros y sin limones.

Mientras los grifos se miran al espejo y se definen imponiendo
el pataleo —¿quién hace tanta bulla?—, el asiático Spinoza nos dice
acompasadamente oreja adentro: “*Preparen la Parva, mientras tanto
iré a pulir un lente más*”.

LOS QUE DIRIGEN

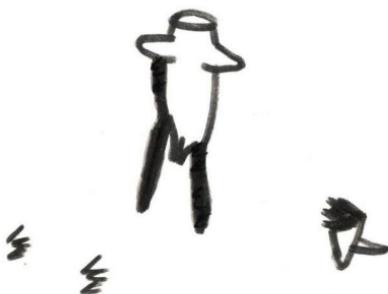


LA GUILLOTINA DEMOCRÁTICA

Cae el telón y cambia el decorado. En un abrir y cerrar de ojos Sansón ilustra y decapita. Como un aforismo de represada energía, da que pensar y quita con qué hacerlo. Este meticuloso tramoyista adquiere más relieve que miles de actores condenados a la espontaneidad. Acerado y acelerado, su filo no solo liquida reyes. También excluye pelucas empolvadas, rapés y estornudos, minuetos, calendarios. Toda una sociedad, una época, su decir clásico, elegante, nasalísimo, constelado en máximas por La Rochefoucauld, La Bruyère, Vauvenargues.

Será justo en ese más allá del lenguaje regenerado que cuaja a raíz de la revolución, con su embrujo ciudadano y una aversión al extranjero que pareciera adivinar a Meursault, donde se sitúa un anacrónico dacio para escribir su francés restaurador. Hacerlo en el vernáculo de sus días hubiera representado una claudicación ante un mundo absurdo, culpable y sin atenuantes.

Altanero, arcaizante, el rechazo radical parte de cero, de illo tempore, concretándose en un estilo tan vertical y agudo como el tajo que va a dar a la mar. Así nos quedan, muy cáusticas y algo anticipadas, las oraciones fúnebres de la época moribunda que nos ha tocado vivir. Nada rumano me es ajeno, habría que decirle a Cioran con Terencio.



Sabio, no ponía el punto al final de la oración sino en medio de ella. A lo largo de ella.

El ciego atrae todas las miradas, como si fuera el punto de fuga de un cuadro o la nota de color en un mundo gris.

De haber sospechado siquiera que sería irrepetible, me hubiera quedado a vivir para siempre en aquel instante.

Bien o mal, el cuerpo dibuja su sombra. También las palabras debieran dibujar la suya, ratificándose en actos. Por lo menos en silencios. ¿O acaso habrá que resignarse a que más y más palabras sean la sombra de las palabras?

Demócrito en Martí: lo que en uno es copia: la palabra es la sombra del acto; en el otro es cópula: la palabra es la hembra del acto.

No se trata de un intento por recuperar el tiempo sino de perderlo. Esto, según los editores que rechazaron *La búsqueda del tiempo perdido*.

América como el *este occidental* de Góngora.

Ojo con las utopías: jauja es jaula.

Mi padre perdió todos los paisajes que le encantaban y que le encantaba regalar. Pero nunca se amargó. Nunca se quejó. Yo sí. Lo hacía por él, como si sintiera y expresara lo que él debía sentir. Lo que suponía que él debía sentir.

Sin una infancia feliz, ¿será posible creer en paraísos? Tal vez, si se recurre al mundo prenatal. El útero como utopía.

Refrito del Decreto de Guerra a Muerte, el Himno de la Federación se solaza proclamando su odio al godo. Es tan visceral el resentimiento, que los zamoranos no se percantan de su sospechosa orfandad. Plagian un poema de Espronceda. Por supuesto, más gordo que godo, y con las tripas al sol, el himno se queda corto. No llega siquiera a rasgar tendones ni a soñar cementerios repletos y cráneos machacados. Digamos que hace de tripas corazón.

¡Dios mío, que el fatuo pronto sea fuego fatuo!

Reino del Error: hubo una hemorragia. Luis XIV había vaticinado un diluvio.

No sé exactamente cuándo supe que no podría regresar a Cuba. Duró años ese día. Pero al fin llegó, convirtiendo al Uvero en un surtidor de recuerdos. Ahora aquel paisaje soy yo, pensé; ambos aislados mapas de la isla. Me lo dije así: —Se acabó el mar.

Se dice de los cubanos que son los judíos de América. Habría que hablar de un pueblo encogido.

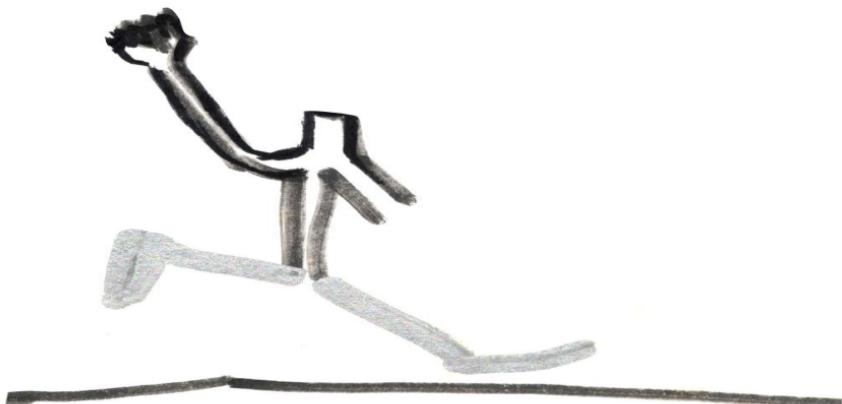
No hay surrealismo sin cogito cartesiano, reglas fijas, estructuras rígidas. No hay asalto a la Bastilla sin una Bastilla. Sin tradición no hay rupturas. Por eso el verdadero y acaso único surrealista venezolano es don Andrés Bello. Surrealismo en el caótico trópico entrópico equivale a orinar en el Orinoco. Para el *ergo sum* es imprescindible, primero, pensar. Una dialéctica, no una confusión sin Confucio. Un pienso de axón y dendritas, no de alimento para ganado.

Aquí la historia es lo que no sucede, lo que no ha sucedido, lo que no sucederá sino como promesa o ilusión de un futuro

que no llegará: la utopía de Moro una y otra vez rediviva. Para llegar al futuro primero tendríamos que acceder al presente y ni siquiera hemos llegado al pasado. Seducidos con el cuento del Nuevo Mundo, nuestro afán de novedad nos ha vuelto tan impuntuales que llegaremos tarde al ya, al ahora.

Yo tenía quince años cuando la vi arrodillada, enjabonando y estrujando los sueños de la familia. Para ahorrar lavaba las sábanas en la bañera. Desde que presencié la escena, empecé a sacrificarme. Primero, como ella, para evitar gastos a la familia, maltrecha al estrenar su segundo exilio; y después para afincarme en lo poco, y en lo menos, cada vez menos, pleno en mi desnudez de ropa para adentro, como si yo fuera la batea neoyorquina improvisada por mi madre. Pequeños sacrificios los míos comparados con los suyos. Aquel mismo día, por ejemplo, decidí no volver al barbero. Durante décadas mi hermano me cortó el pelo. Eso, en Nueva York. Luego yo mismo me lo he trasquilado. Y me lo seguiré trasquilando siempre. Para recordarla. En Caracas o en Kamchatka, donde el aquí me agarre.

OCTAVIO ARMAND



CYRIL MURIÓ EL MARTES (DOS ENTRADAS DE DIARIO)

29 de noviembre, 1974. Londres

Cyril murió el martes, al otro día de que lo trasladaran. Deirdre¹ (acompañada por Peter Levi) había ido a verlo el lunes y dice que estaba consciente y lúcido. Deirdre había salido feliz de allí. [...] La semana entera es borrosa para mí, dominada por mis pensamientos sobre Cyril y la escritura de un artículo en memoria suya para *T.L.S.*² [...]

Me llamó John Gross para decirme que le había gustado lo que escribí. Desearía poder leerlo dentro de dos semanas. Me mantengo en el recuerdo de cosas que hubiera querido poner y no puse, por ejemplo, menciono el amor que sentía Cyril por una semi identificación con animales (lémures, como se lee en uno de los pasajes de *Palinurus*³). Me refiero a que podía haber desarrollado la idea de que, sin ser un visionario, tenía una visión del mundo animal y vegetal que lo aproximaba a la realización paradisíaca de su idea de un estado pasivo de éxtasis que es a la vez creativo. Entre los animales no se crea un artefacto, es una condición del ser. Pero su idea del arte y la poesía era que debían surgir de tal condición como si la creación produjera su propia canción. [...]

Creo que en mi artículo no reflexioné mucho en lo que dije sobre *Horizon*, lo que quise decir fue que editarla en los tiempos de la guerra le dio a Cyril una situación, en parte pasiva y

1 Deirdre (de soltera Craven) fue la tercera esposa de Cyril. Tras la muerte de éste, se casó con Peter Levi (1931-2000), poeta y académico de Oxford.

2 El artículo, “Connolly’s millstone of promise”, se publicó en *Times Literary Supplement* el 6 de diciembre de 1974.

3 Cyril Connolly escribió *La sepultura sin sosiego* (1944) bajo el seudónimo de Palinurus.

receptiva (lectura de manuscritos) que a la vez le insufló energía para la redacción de sus *Comentarios*⁴, que son sus piezas más vitales. Al principio de la guerra, cuando Inglaterra se vio repentinamente asediada, la revista lo puso a él en armoniosa relación con un público significativo, aunque limitado, al que él podía dirigirse como a individuos que lo apreciaban, si bien otros se mofaban de su hedonismo (él tomaba esas burlas con gran sentido del humor). El resultado fue que escribió comentarios en los que fue realmente capaz de relacionar a conciencia las particularidades sensuales de la vida con la política. No sólo la democracia, y el presente y todas las formas futuras de la sociedad inglesa estaban bajo amenaza –también la civilización estaba amenazada: y para poder apresar el sentido completo de esto, el sistema político tenía que ser visto como parte intrínseca de la civilización. Él reclamó de manera implícita que *Horizon* debía contar con el apoyo del Ministro de Información –y analizando a la distancia su papel en la guerra, estaba más que justificado.

Una broma sobre Cyril era la de su afición a comer langostas⁵. Pero siendo él una persona con un sentido romántico de las cosas que amaba, me preguntó si en realidad no las amaba por alguna profunda afinidad con ellas, sino como parte de su sentimiento de unidad con el mundo animal que habitaba los fondos marinos. Su imaginación era como la de una campana de buceo.

2 de diciembre, 1974. Londres

Funerales de Cyril. Fuimos en tren de Victoria a Eastbourne con Sonia Orwell, Jack Lambert, Noel Blakiston, Diana Cooke. Nos unimos a un cortejo de Daimlers que nos llevó (me tocó

4 Spender se refiere a los comentarios editoriales de Connolly en la revista.

5 Rose Macaulay bromeó diciendo que Cyril Connolly “amaba las langostas y luego el sexo”, remedando una frase de Walter Savage Landor (“amo la naturaleza y luego el arte”).

compartir uno con el matrimonio Hamburg, amigos de Deirdre Connolly) a la Iglesia Berwick. Muy bonito su interior, decorado con pinturas de Duncan Grant y Vanessa Bell⁶. Duncan estaba allí, sentado con su hija al fondo de la iglesia.

Anthony Hobson⁷ dijo las palabras, que, junto con los salmos, versaron sobre la resurrección del cuerpo –cosa no muy apropiada en el caso de Cyril. El vicario, que se sostenía gracias a un bastón, habló breve y comprensivamente sobre Cyril y su obra. Nos colocamos cerca de la tumba cubierta de flores, en medio de la humedad y el viento frío, el ataúd descansaba debajo de algún tipo de lona. La que parecía más afligida era Joan Leigh Fermor. Sostuve su brazo por un momento, pero no me atreví a hablarle. Parecía veinte años más vieja.

Conduje el auto de Alan y Jennifer Rose a la recepción en casa de Deirdre. Todos los invitados ya estaban allí, incluido Peter Levi. Mucho champagne. Cressida [Connolly] me llevó aparte para comentarme, con solemnidad y en susurros, que yo debía ser la persona que hablara en el acto en memoria de Cyril pues si yo no lo hacía, lo haría otra persona que no era de su gusto (se refería a Peter Levi). Trajeron a Matthew Connolly, quien se sentó dócilmente en las rodillas de algunas personas –rubio y tranquilo casi igual a como fue nuestro Matthew alguna vez⁸.

STEPHEN SPENDER

[TRADUCCIÓN DE MICHAEL H. MIRANDA]

6 En 1941, a Vanessa Bell y Duncan Grant les fue encargada la decoración de la iglesia, que se encontraba a pocas millas de su casa de Charleston, en Sussex.

7 Anthony Hobson, académico, bibliófilo y director de la sección de libros de Sotheby's. Véase su libro *Cyril Connolly como colecciónista de libros* (Editorial Casa Vacía, 2020).

8 Cressida (1960) y Matthew (1970) son los hijos de Cyril y Deirdre.

DOS POEMAS

ÁRBOL DE LA GUERRA

De la siega: dos pequeñas manzanas.

La floración:

en forma de punta
de cuchillo.

(Los amontonábamos en pequeños fardos
listos para arder).

El pequeño tuareg
extranjero

busca agua en grifo
de país lejano
la mano extendida pidiendo algo
diciendo adiós.

Los niños se ponían en círculo:

“Mi hermana viene por el camino de grava”.

“Mi madre viene por el camino de grava”.

Yo le contaba historias edificantes
de los tiempos de la depresión.

Cómo sobrevivimos juntando ladrillo a ladrillo.

Un hambre de este mundo.

Una sed de este mundo.

(Los encendían con la última rama como un árbol de navidad
la roja libélula que vio Leonardo convertirse en un aeroplano).

¿Quién hizo de mi hijo un asesino?

Era un buen muchacho cuando salió de casa.

EN PAPEL DE ARROZ

Pienso en Gonzalo Millán, samurái, que se ríe
de los samuráis de la literatura.

Que se ríe de la literatura.

La escritura es un virus, una enfermedad incurable, contagiosa.
(Lo sabe).

Pienso en el hombre que recorre y escribe “La ciudad”
y se encierra en un gabinete de papel.

Pienso en un transeúnte de la poesía en un país donde los poetas
quieren andar a caballo, en paracaídas, en aeroplanos, en zancos,
a zancadillas, a grandes zancadas, con piernas y manos ortopédicas,
escribiendo grandes versos, dromedarios.

En el hombre que llegó de Ottawa, que llegó de Colombia,
que tradujo a Blake y se fumó el tigre, que nadie le publicó.
El que orinaba en las macetas
y al que sus amigos lanzaban borracho,
en el ascensor de la noche.

Ese, que quiso saber por qué le dolía, y le dieron un diagnóstico.
Al que la voz carrasposa de tabaco y alcohol,
se le fue convirtiendo en un hilo de voz.

El que se entromete en mis sueños
y me pide otra dosis de veneno del alacrán azul de mi tierra.
El Buda en veda, que avanza con su propia cabeza en una bandeja,
dejando atrás a Caravaggio,
en la zona sin formas, sin color.

El samurái, a quien le escribo este poema seppuku,
envuelto en papel de arroz.

DAMARIS CALDERÓN

EL CANTAR DE LOS CANTORES

Según el antropólogo suizo Edler Ketzer, la justicia en Waithesaji está dividida en dos tribunales y no en tres tal como afirma Mbweha Wazamani, quien ofició de embajador de Ghana en la República Popular de Waithesaji desde 1957 hasta 1979. El primer tribunal de Waithesaji es el Mbwar Dam, y el segundo Izidumbut Kuhuthulwá. Los méritos que debe reunir un ciudadano para formar parte del primer tribunal es pertenecer al Partido Único Libertario, los del segundo tribunal es ser militares de alto rango.

Debo aclarar, para quienes desconocen la existencia de Waithesaji, antigua colonia británica, que el país tiene un *black out* cibernético que resulta difícilísimo encontrarlo incluso en Google Maps. Por lo que, después de una investigación exhaustiva, y doy gracias por la mano tendida de Jamiro Gyurjiyev, profesor en el Departamento de Historia y Geografía Políticas de la UNAM, pude componer el muñeco.

La lengua que se habla en Waithesaji es el waithesaji, mezcla de suajili, inglés y esperanto. Mbwar Dam significa Tribunal Popular; Izidumbut Kuhuthulwá, Órgano Superior de Justicia. El actual presidente de Waithesaji es Gelding Mwaminifú. Tomó el poder tras la muerte de su padre en 1946.

En otra de sus imperdibles páginas Edler Ketzer expresa: “La razón me obliga a decir que los waithesajiz siguen adorando al presidente como si fuese el dador y destructor de los Cinco Elementos o Wu Xing, como se conoce en la filosofía tradicional china. Basta con ver las marchas multitudinarias el Día de la Liberación Imperialista en la Plaza de los Caídos donde los waithesajiz exhiben sus particulares vestimentas: pareos azules los hombres, floreados los de las mujeres. Dicho acto, una vez que suena el disparo de inauguración, se realiza sin

consignas ni aplausos, lo que se escucha es como un coloquio pajaril: ¡Aj, aj, aj!... Ti, ti, ti, ti, ti... ¡Aj, aj, aj!..., no por orden de Gelding Mwaminifú, sino por algo intrínseco en el espíritu de los waithesajiz, que son tan temerosos de lo que representa el presidente y la constrainteligencia del Partido Único Libertario, que solo demuestran el dominio de su lengua en los tribunales. Tal peculiaridad hace que los comparen de modo erróneo con los hmong, etnia asiática que nació y vivió silbando hasta que los declararon ‘enemigos prioritarios’ en la Guerra de Vietnam por espionaje para favorecer a los norteamericanos con semejante tipo de comunicación”.

“Aunque oculto a la prensa y medios audiovisuales extranjeros, hay un tercer tribunal, el Panya Naan Mikoko o Tribunal Administrativo de la Cultura Nacional y Bienes Comunes. Por citar un ejemplo: los waithesajiz que cometan delitos relacionados con el arte, sea contra el patrimonio material o inmaterial, serán juzgados en el Panya Naan Mikoko. En esta categoría se tiene el privilegio (toca decir que para los waithesajiz la muerte es un nuevo amanecer, parafraseando a la Kübler-Ross) de acabar en el rinoceronte de Diktetamkuú. Artefacto atribuido al padre de Gelding Mwaminifú que sirvió para escarmentar de manera pública a los waithesajiz que intentaban huir de la isla o desafiaban al Partido Único Libertario. Este método de tortura fue utilizado (aunque muy excepcional en las últimas décadas) hasta las postrimerías del siglo XX. Transmitida la orden, la cual consiste en introducir al ajusticiado en una especie de caballo de Troya en forma de rinoceronte al que una vez cerrado herméticamente por una escotilla que tiene en el bandullo, le dan candela por los cuatro costados. Los ciudadanos de Waithesají, testigos forzados de tan aberrante crimen, comienzan a emitir sonidos. ¡Jamás escuché llanto ni lamento! Sonidos. ¡Aj, aj, aj!... Ti, ti, ti, ti, ti... ¡Aj, aj, aj!... Y presté atención porque fui invitado en 1969 por Gelding Mwaminifú a presenciar la ejecución de un artista conceptual que, imitando a Yves Klein, pintó en uno de

los muros de la Plaza de los Caídos siete figurillas antropomorfas en color índigo en protesta contra la Ley Esuatini, lo que viene siendo el Servicio Militar Obligatorio. El semblante impasible y el gollete cantor de aquel condenado se me grabó con tinta indeleble. Cantó y cantó hasta que se quemó el último palo del rinoceronte de Diktetamkuú. Por eso recuerdo el título de la obra: *Happening of Roho Waithesaji*”, escribió en sus memorias Mbweha Wazamani.

Hace unos días, con los tentáculos de la pandemia haciendo estragos a nivel global, tuve el honor de participar en la videoconferencia mundial “Efectos del Cambio Climático sobre los Arrecifes de Coral y el Medio Marino de los Océanos Pacífico y Atlántico”. Encuentro importantísimo de animalistas, ecologistas y tribus en extinción. No sé si por azar, o por sincrodestino, ¡que tire la primera piedra quien no crea en la metempsicosis!, en una ventana de la pantalla reconocí a unos waithesajiz, dos estaban sentados y tres de pie. Y los reconocí aun con las mascarillas porque de fondo tenían la bandera verdinegra de la que emerge un avesol en medio de unos escarabajos amarillos. Por lo cual, me dirigí a ellos en una lengua que reconocerían, el inglés. *How are you? Are you free?... ¡Aj, aj, aj!... Ti, ti, ti, ti, ti... ¡Aj, aj, aj!...* En resumidas cuentas, no logré descifrar su lenguaje. Tampoco supe si se encontraban en Waithesaji o eran refugiados políticos conectados desde Estocolmo o Groenlandia. Entonces me quedé observándolos como quien observa a un alcatraz patazul o a un camalón takahe. Flemáticos, inalterables, emitiendo aquellos sonidos... *¡Aj, aj, aj!... Ti, ti, ti, ti, ti...* Dicha escena, porque soy como el perro que no suelta prenda para rendirme a un enigma, me hizo congelar de inmediato la videoconferencia. Las palabras “Mbwar Dam”, “Izidumbut Kuhuthulwá” y “Panya Naan Mikoko” retumbaban en mi cabeza como un yembé. Volando fui a la mesita de noche y agarré el *Kultur und Macht in Waithesaji*, libro póstumo de Edler Ketzer acabado de comprar en la semana del *Black Friday* por un precio irrisorio,

y en el que aparecía, aunque lacónica, la biografía de Gelding Mwaminifú. Segundo esta, nació en Waithesaji en 1913. Es decir, que ahora tendría 107 años. Por lo tanto, sería como el gato de Schrödinger o, siendo más pesimista y ganándole a los Castro, el dictador más longevo del planeta. ¡Qué paradoja!, me dije y descongelé la videoconferencia para reencontrarme con los waithesajiz. *One question, please... Is Gelding Mwaminifú still alive?* ¿*La diktatoro ankoraŭ vivas?* Indagué incluso hasta en esperanto. ¡Aj, aj, aj!... Ti, ti, ti, ti, ti... ¡Aj, aj, aj... Uh, uh... Crot, crot.

DOLORES LABARCEÑA

EL TOQUE FEMENINO



ARDER (ENSAYO EN LA BIBLIOTECA)

I

A finales del 2019, una nota en el periódico local.

Removiendo cerca de los cimientos de un antiguo edificio se encontraron enterrados varios frascos que contenían extrañas formas y texturas.

Eran viejos tumores.

El antiguo edificio había sido un hospital a principios del siglo xx.

Los tumores extirpados eran guardados en frascos de cristal.

Y luego enterrados.

Durante mucho tiempo no supe qué hacer con esta nota.

Ni siquiera la recorté y la guardé.

Sólo me limité a anotar lo que ella decía.

Leer es eso.

Pero acaso se trata de saber leer.

No el primer paso hacia la escritura.

Sino apenas eso: una disposición hacia el acto de leer.

Los tumores enterrados: borrones humanos.

Una biblioteca perdida es igual a un cementerio de borrones humanos.

II

Un lector solo ya es biblioteca.
Soy el dueño de una biblioteca perdida.

Un hombre minucioso pero sin método.

La biblioteca es la coartada de mi minuciosidad.

III

Hacia el oeste, a media hora, una frontera.

Hacia el norte, a una hora, otra frontera.

El mapa en el teléfono esta vez no dice Welcome to Oklahoma ni Welcome to Missouri.

No siempre lo dice.

A veces no tengo que usar el mapa.

En cuanto abandono Lomas de Arkansas, comienzan a avistarse los Templos del Juego.

Los casinos rodean Lomas, que se siente intocado por la pecaminosa práctica de las apuestas y las máquinas tragamonedas.

Oklahoma no quiere casinos en Lomas.

Pero ya una ley fue aprobada.

Aún así, todavía no se avistan casinos en Lomas.

Heidegger: sólo en las fronteras se toman decisiones.

IV

¿Por qué se lleva todos esos libros?

El origen de este libro está en esa pregunta.

Fue pronunciada por un agente de la aduana cubana, cuando revisó mi equipaje.

Son mis libros, apenas pude balbucear.

Muchos debieron marchar al exilio con lo puesto.

Yo tenía la posibilidad de hacerlo con algún equipaje, máxime cuando éramos tres personas: mujer, hija, yo.

La pregunta y la forma de responder a ella.

La idea de la biblioteca perdida sólo estaba en mí.

El asombro de mis familiares también me lo indicaba.

Nadie concebía la posibilidad de mudar una biblioteca.

Pero claro, no era tal biblioteca, sino apenas una parte de ella.

Una parte ínfima.

Muchos de los mejores libros, debo recordarlo, fueron a parar a manos de amigos que fueron a llevarse su tajada.

Dejé que se los apropiaran a sa- biendas de que me iba a vivir a otro

país, donde yo creía que podría recuperar aquellos volúmenes.

Hace diez largos años de eso.

Varios de ellos no los he podido recuperar todavía, quizás algún día.

Mi hija había nacido.

Su pequeña cama no cabía en nuestra habitación por la cantidad de espacio que ocupaban los libreros y una mesa de trabajo.

Respirábamos todo eso.

El polvo de todo eso.

Decirle adiós algún día a todo eso.

De modo que hubo que construir la biblioteca.

Para mí, la biblioteca es mi mapa del mundo y el relato de ese mundo, que es siempre ajeno y sin embargo en mis estantes es siempre mío.

Mi biblioteca es la forma del mundo y sus sucesos.

La adjudicación de una geografía que a veces me contiene y a veces me expulsa como a un iletrado.

Es mi paisaje interior.

Mi línea del tiempo.

IV

¿Cómo se está en la biblioteca?

¿Cuál es el sentido de ser para una biblioteca?

¿Cuáles son los límites de tiempo que impone una biblioteca?

¿Cómo delimitar su biografía, decir en este momento ha nacido y aquí queda muerta aunque siempre insepulta?

V

Kierkegaard en *Diapsalmata*.
(Una palabra, chamarilería, nunca antes escuchada.)

Un escritor que en el verano de 1836 da vueltas y vueltas para finalmente decidirse a comprar un caro escritorio con el que luego no logra química.

“[C]ada vez que lo veas, pensarás en lo manirroto que fuiste, con este escritorio empezará entonces una nueva fase de tu vida. Ay, el deseo tiene muy buenas palabras, y los buenos propósitos siempre están muy a mano.”

Mirar los demasiados libros y pensar lo manirroto que has sido.

VI

Asumimos que una biblioteca tiene respiración propia porque es ella quien marca nuestro aire.

De sus finas capas de polvo nace una tos que ya no nos abandona, como si un placer o un hábito comportara siempre un alto precio a pagar.

Es apenas su manera de ponerte a prueba, de imponer su peculiar visión de nuestra fragilidad, de nuestra fugacidad, a la vez que cuestiona nuestra tenacidad, nuestra adicción.

La única forma de recompensa o premio que brinda una biblioteca es la de verte rodeado de libros, abrazado por y a ella, consumido por el esfuerzo de verla agigantarse.

No la poseemos, es ella quien nos posee y quien dicta sobre los dominios de nuestra ignorancia y nuestra incapacidad para abarcarla y superarla.

En alguna página de un viejo manual de historia europea se dice que los animales no temen al paso de los caballos, que por eso los cazadores han de ser buenos jinetes.

Habrá que andar por la biblioteca como jinetes cazadores.

La biblioteca es la verdadera medida de la fortaleza del hombre y a la vez la justa e infinita aseveración de su hermanamiento con el polvo, principio y destino de todas las cosas.

Una biblioteca contiene a su vez innumerables bibliotecas.

Infinitas combinaciones borgeanas.

Todas las estaciones están en ella porque su principal materia es el tiempo, que sólo nos es devuelto

en la forma de la sabiduría o del placer de la memoria.

O acaso el placer sin otro apellido.

La biblioteca es el menor territorio con mayor densidad de culturas que podamos llegar a habitar.

VII

Poseer una biblioteca privada es recordarse cada día que hay que recomenzar.

Mirar los estantes y pensar: hoy es definitivamente mi primer día como lector.

Y como lector no tengo pasado, no cuenta.

Cada día es un recomenzar.

Las invenciones modernas dejan a las bibliotecas al margen porque estas se resisten a todo acto de intervención.

Lo mismo que el libro.

Es difícil encontrar un objeto que, como el libro, rechace tanto a la máquina.

Toda intromisión en los libros en la forma de códigos de barras de bibliotecas públicas, marbetes, cubiertas de cartón o plástico supuestamente con el fin de protegerlos, son variaciones de la misma agresividad con que nos comportamos a menudo con el entorno.

Las bibliotecas también rechazan a su modo los automatismos

impuestos por la tecnocracia.

Hay máquinas que reemplazan a los operarios de las fábricas.

¿Llegará aquella?

¿que suplante?

¿al bibliotecario?

VIII

Una biblioteca es siempre una compañía, diría alguien.

Pero sucede que no siempre queremos estar acompañados.

Muchas son las veces que nos apetece quedarnos a solas.

No hablar ni ser oídos.

Por eso será ella más que una acompañante.

Las bibliotecas son fruto de elecciones.

Lector es elector.

Un trastorno psicótico crónico con alta frecuencia de ideas delirantes.

El estado paranoide más peligroso, a menudo una mezcla de los otros cuatro: el celotípico, el erótico, el de grandeza y el persecutorio.

Así se definía la lectura de libros en viejos manuales de psiquiatría.

MICHAEL H. MIRANDA

EZEQUIEL O. SUÁREZ: UN LAGO DE PECES HACIA ATRÁS

Las de Ezequiel Suárez causan caídas al suelo, muertos de risa por aquellos dibujos y *collages*. Del cuerpo, sí, caer, fruto del árbol de las percepciones, empujado por la vara de aquella imaginación en páginas de libreta, trazada con lápices mordidos.

La baba aún rezuma en el papel violentado, vengando el impudor de participar en aquella muestra colectiva, en eso que llaman arte y es la ansiedad de conceptos y formas.

Lo incompleto de las figuras de Ezequiel invoca el fin de su participación, miembro a miembro amputados, discurso a discurso protestando taxidermias de ese momento que da origen a la voluntad de menear el Lápiz.

Se queda allí: recibe de cerca la experiencia, añora un morir neonatal, toma el sol que inflama las delicias de la podredumbre, rastros de trazos empozando lo mínimo, hilos de pensamiento extraídos con finos dientes, nervios limpios de toda grasa.

Ezequiel a mi lado, ríe, una losa mental cede y caemos al sótano del edificio. “Soñé un lago de peces que nadaban hacia atrás y llamaban mi nombre: *Revolution, Revolution*”, dice y nombra peces retrospectivos que evitan la agalla del anfibio ancestro que un día pensó su cara, y ya luego no para de reconocerse en cada cuerpo de agua.

Oculta su rostro con las manos, son oscuras, pero un señor nos encuentra y conduce por corredores hasta llegar de nuevo a la calle, donde la exposición finalmente ha terminado.

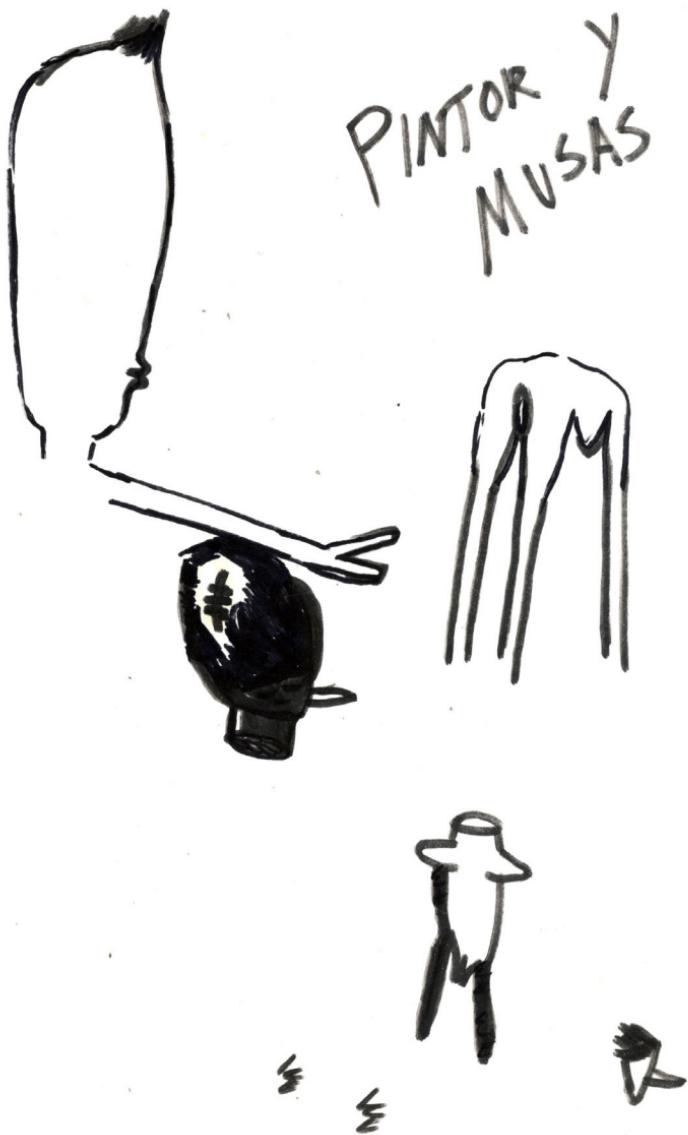
JAVIER MARIMÓN



Ezequiel O. Suárez
De la serie *Dibujos insatisfechos*

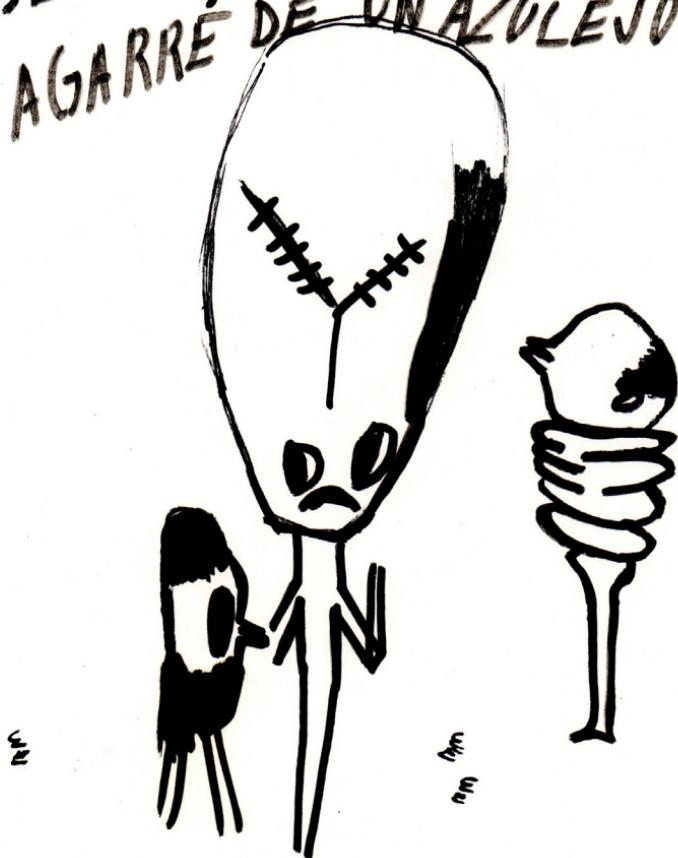


Ezequiel O. Suárez
De la serie *Dibujos insatisfechos*



Ezequiel O. Suárez
De la serie *Dibujos insatisfechos*

ESTABA EN
EL BANO, ME
SENTÍ MAREADO Y ME
AGARRÉ DE UN AZULEJO



Ezequiel O. Suárez
De la serie *Dibujos insatisfechos*

MUERTE DE SÓCRATES CON CORAL PARA ÓRGANO (O LA INTROMISIÓN DE LEIBNIZ)

Platón mandó a cincelarla en el friso de su Academia: “Manténgase alejado de este lugar quien no sea geómetra”. Desde entonces, el espíritu de Occidente se funda en la autoridad del ojo, en el reinado de la mirada.

Anterior al autor del *Fedón* hay un síntoma definitivo de ese autoritarismo. Para ingerir la cicuta, Sócrates reunió a varios de sus discípulos para que testimoniaran el acto suicida. Sócrates desconfiaba de todos los sentidos, excepto del visual. Su fe radicaba en el ojo. Para todo el imaginario post-socrático la razón sólo es posible en virtud de lo que se ve. La expulsión platónica de los poetas de la República no fue sólo porque se trataba de la mimesis de una mimesis, sino porque los poetas traficaban con prosodias, con sonidos. Esto es, una verdad sostenida en el escuchar, y no en el mirar, de ahí la visceral desconfianza que Platón experimentó con la poesía.

Mas saquemos a Platón del medio y volvamos a su maestro. Pensemos a Jacques Louis David pintando su *Muerte de Sócrates* con el coral para órgano *Durch Adams Fall ist ganz verderbt* de Bach llenando cada recoveco del estudio del artista. Escena que bien podría traducirse de esta forma: pintor neoclásico sosteniendo los trazos de una exacta geometría en las sinuosidades de una melodía barroca.

Afuera, la cabeza de Madame Roland rueda tras el chasquido de la cuchilla; pero esto, en tanto suceso, ahora no importa demasiado, sí el ojo izquierdo del verdugo escrutando la frase de Plutarco tatuada en uno de los senos de la Madame.

En el óleo de David (el único texto que en verdad “escribió” Sócrates) vemos al filósofo como elemento central del cuadro, y

a partir de él se articulan geométricamente las demás figuras en el espacio, justo a la manera más exquisita del neoclasicismo. La perspectiva geométrica es lo que rige, lo que articula. Mientras pronuncia el discurso sobre la inmortalidad del alma, el brazo izquierdo de Sócrates se encuentra en un perfecto ángulo de 90 grados, de ahí que inmortalidad/trascendencia y exactitud matemática se conjuguen. Sócrates habla, pero lo que queda es el testimonio visual que luego Platón (quien insiste en no ser sacado del medio, de ahí que se aísle hacia un lado y le dé la espalda al maestro, como un erizo convertido *a posteriori* en zorro) y Jenofonte testimonaron en sus diálogos y apologías.

El *Durch Adams Fall ist ganz verderbt* transcurre en sus fugas, sigue penetrando cada recoveco del estudio del artista, por lo que ya es otro el testimonio/lectura que del cuadro da el oído: Sócrates habla y su voz (resonancias) se disgrega sinuosamente, a pesar de las puertas cerradas por gendarmes atenienses, a través de las mínimas grietas de los muros (estrías del óleo) del recinto diseñado por David. Vibraciones que penetran la materia rocosa a la manera de las móndadas de Leibniz, quien, a pesar de que no fue convidado a actuar en este texto (razón de paréntesis o “afinidad de mundos posibles”), entró con una perfumada peluca que Carolina de Ansbach le regaló recién.

PABLO DE CUBA SORIA



ÚLTIMAS HORAS DE JULES DE CONCOURT

10 de la mañana

Ahora maldigo la literatura. Tal vez, sin mí, se hubiera hecho pintor. Dotado como estaba, habría hecho su nombre sin desgarrar su cerebro... y viviría.

¡Entre dos seres que se han amado como nosotros, la separación eterna sin ser reconocido por el segundo, sin un estrechamiento de manos, sin un adiós del moribundo al viviente!

No he querido ni enfermera ni hermana. Sus ojos de moribundo, si se le hubiera concedido un instante de reconocimiento, no debían encontrar un rostro extraño.

Madre, en su lecho de muerte, puso la mano de su hijo querido y preferido en la mía, y me recomendó a ese niño con una mirada que no olvido jamás. ¿Está usted contenta de mí?

4 de la tarde

¡Tanto sufrimiento para morir! Esfuerzos desgarradores para tragarse pedacitos de hielo como cabezas de alfiler. Una respiración ronca como de bajo, interrumpida por un quejido continuo y estertóreo que te desgarra. En medio de esta queja surgen palabras, frases que no puede uno captar y entre las cuales me parece oír: "Mamá, mamá, a mí, mamá." Dos veces dijo claramente un nombre amado: "Maï-a, Maï-a."

Cuando veo frente a mí, al otro lado de la mesa del comedor, esa silla —que permanecerá eternamente vacía—, mis lágrimas caen en mi plato y no puedo comer.

Noche del domingo al lunes

La sombra obscura del delicado perfil de Pélagie, inclinado sobre un pequeño libro de oraciones, se refleja sobre el blanco

amontonamiento de almohadas, en medio de las cuales su cabeza desaparece y sale el estertor.

Toda la noche, ese ruido desgarrador de su respiración, que se parece al ruido de una sierra en un bosque húmedo y que acompañan en todo momento quejas dolorosas y ¡ayes! lastimeros. ¡Toda la noche ese pecho que late y levanta la sábana!

El amanecer se desliza sobre su rostro, que ha adquirido el amarillo terroso y pulido de la muerte, sobre sus ojos profundos, lacrimosos y tenebrosos.

Lunes 20 de junio, 5 de la mañana

En sus ojos una expresión de sufrimiento y desgracia indecible. ¡Crear un ser como él, tan dotado, tan inteligente, y destrozarlo a los 39 años! ¿Por qué?

9 horas 40 minutos

Ha muerto, acaba de morir. ¡Dios sea alabado! Ha muerto después de dos o tres dulces suspiros de respiración como de un pequeño que se duerme.

La comida Magny fue fundada por Gavarni, Saint-Beuve y nosotros. Gavarni está muerto. Sainte-Beuve está muerto. Mi hermano está muerto. ¿La muerte se contentará con la mitad de nosotros dos o me llevará pronto? Estoy listo.

Cuanto más lo veo, cuanto más estudio sus rasgos, más encuentro en ese rostro, un aire de sufrimiento moral, que no he visto persistir en ningún rostro en la muerte, más me siento sorprendido por su desconsolada tristeza. Y me parece leer ahí, más allá de la vida, el pesar de la obra interrumpida, el pesar de la vida, *el pesar de mí*.

EDMOND DE GONCOURT

[TRADUCCIÓN DE ARMANDO PINTO]

DOS POEMAS DE REINHARD PRIESSNITZ

Reinhard Priessnitz (Viena, 1945-1985) es el gran desconocido de la poesía de lengua alemana. Aunque lo ignoran los catálogos de las “grandes” editoriales, sus 44 poemas (*vierundvierzig gedichte*, el único libro que publicó) han desencadenado una respuesta subterránea, pero incesante en poetas y pensadores de la poesía. Sobre este poeta de culto se han escrito ya cinco libros disímiles y fascinantes, y su obra repercutió en varios de los más comentados poetas actuales.

Afirmaba Priessnitz que su poesía era epistemología. Sin embargo, sus poemas no contienen esos filosofemas y aforismos incrustados que suelen tentar a los críticos perezosos. En ellos nos muestra un laboratorio de ideas, imágenes y procedimientos, en indetenible movimiento. Y son también indagación del mundo y revelación existencial, irónica y contenida.

Cada uno de los 44 poemas vive por sí mismo, como un modo único de escritura, pero su valor se multiplica dentro del conjunto, cuya coherencia percibe claramente quien pueda leer el original y conozca las tradiciones que confluyen y se debaten en la poética y la textualidad de Priessnitz. Sin embargo, se trata de una coherencia enigmática, que escamotea sus claves. ¿Viaje por los diferentes

modos de experimentar la realidad, desde la sexualidad en el roce hasta la contemplación puramente visual? ¿Viaje a través de las formas de la poesía, del Renacimiento al experimentalismo, en que se recorren estaciones como el terceto, la octava, el soneto, el poema visual, el poema fónico? ¿O quizás viaje autobiográfico, *Bildungsroman* extremadamente comprimido?

En los poemas de Priessnitz el significante, la materialidad aleatoria y traviesa del lenguaje, asume un fuerte protagonismo en las proposiciones del sentido. Junto a las palabras y agrupaciones sintácticas, funcionan como portadores de significado cadenas o bloques de sonido-sentido. Una especie de contrapunto —elusivo a la traducción— que fluye a través de paronomasias, aliteraciones, rimas interiores y transposiciones.

Aquí presentamos dos poemas, “frotación” (*wischung*) y “en el má(r)s abierto” (*am offenen mehr*). El primero, alegoría abierta y dinámica de la escritura. El segundo, diálogo agónico con dos creadores alucinados, August Strindberg y Jacob van Hoddis, uno de los protagonistas mayores del expresionismo alemán.

FRANCISCO DÍAZ SOLAR

FROTACIÓN

el cristal frente a la escritura, más distante,
¿es esto toda la sustancia? distancias; esta
danza; borrar lo visto al paso sobre el
ver, desplazarse, mientras lo adjunto
se desliza; polifonía y voz de pájaros, en
descenso; todo el sirope, el zumo, el sorbo, las
delicadas salsas, la mostaza expresiva; ¿es
esto el sentido? más cerca, el cristal frente a la
cercanía, el hollín de borraduras aproximado
a esta escritura, mugrienta bruma; la nieve
spray de letras, y sobre el garabateado ga-
rabatear aún más enrevesado, resistente
a la fricción y al mundo, ¿y cuánto tiempo?
pero la cercanía resiste; después lo
agrietable, la flecha, la extensión,
sospechosa de tintinear, a medias la prolongación:
¿será eso quebradura? entonces más distante: la
escritura del cristal frente a la escritura,
lo astillado, ensartado, la grieta,
toda la masilla de vidriero de la escritura
picoteado, lo sublime, el vanidoso espejo;
en él lo mismo: el cristal frente a la escritura,
lejos de la ventana, sin aura, sin sentido, en la
quebradura; ¿cercanía? por un tiempo, después, más lejos:
¿y será esto el condumio completo?

ANTE EL MÁ(R)S ABIERTO

¿dime, por qué sopla la trompeta?
j. van hoddis

menos trasero, ojo, cerebro,
eso ya sería todo. menos mano,
bien. menos letras. fuera la imagen; fuera imágenes
menos palabras. No conexiones,
escapes, ¡ningún vapor! eliminar
mientras escribes más. Menos olas.
no más papel. Menos también
requetetrompas. borrar soplando. ningún ahora.

REINHARD PRIESSNITZ

[TRADUCCIÓN DE FRANCISCO DÍAZ SOLAR]



KIRILOV 'EL BUENO' SOÑABA CON GALLINAS

Kirilov soñaba...

Kirilov soñaba que se le aparecía un dios desdentado y chiquitico delante de él y le decía: soy yo. El dios de Pirna. Mírame. Soy yo. Y tú a partir de ahora serás mi siervo. Un dios raquítico, con un chaleco, unos pantalones negros, una carterita repleta de papeles y una cruz de oro colgada en el pecho, como un cobrador de impuestos.

Soñaba que se le aparecía y decía: tu primera misión será matar a Oblómov el Tuerto. Sí, al infame Oblómov. Romperle los huesos. ¿No es eso lo que al final él quiere hacer con todos? Pues eso. Tú le torcerás los huesos como se le rompe el pescuezo a una gallinita. Sí. Así será como lo llamaremos a partir de ahora: Oblómov gallinita. Su destino y su torre y sus ideas no serán más que eso, el instante en que se caza a una gallinita. El instante del cacareo. Lo cogerás por el pescuezo lentamente y harás que gire en el aire hasta que ya no despierte, hasta que los huesitos del cuello le hagan *tra*. Ya verás cómo se va a poner a bailar el sanvito en el piso. Cómo va a menear el culo. ¿No andaba buscando él construir un imperio, una torre, un mito, un destino? Pues eso es lo que se va a encontrar a partir de ahora: el destino de la gallinita muerta. Eso es lo que se va a llevar. Hasta en lo alto de su torre verá cómo una gallina se le acerca, da vueltas sobre sí misma y se rompe el pescuezo. Ya verás. Incluso en los Balcanes van a escuchar el sonidito de ese *tra*, la belleza de un hueso cuando choca con otro y produce música. Lo tengo anotado acá. Mira. Hice un dibujito y todo con la cara de asombro de la gente en los Balcanes: la boca en forma de O. Va a morir como una gallinita prieta y quien se niegue a continuar mis ideas morirá también como una gallinita prieta. Lo advierto. He estado pensando en eso todo el fin de semana. El fin de semana entero. ¿Puedes

creerlo? Pues sí, el fin de semana entero; viendo cómo arruinar de una vez y para siempre los delirios de grandeza del cabrón ese, su locura. Tal y como en su momento arruiné los delirios de cada uno de los integrantes de su cabrona familia. Hasta el apetito se me quitó pensando en mi plan. Lo juro. Venían los enfermeros, me tomaban la presión, me examinaban el ojo, y nada. Dios no habla decían. Dios decidió quedarse mudo decían. Pero no. Yo no me he quedado mudo. Tú lo sabes. Nunca. Sólo estaba pensando en cómo arruinar de una vez por todas los planes del tuerto ese; cómo enterrarlo en vida. Por eso cuando lo vi hablándote de la torre, los santones, Marija, los rusos, no pude aguantar y me puse a pensar. Lo mejor sería que le arrancaras el pescuezo como a una gallina. Sí. Que lo hicieras volar por los aires hasta que el pescuezo después de tantas vueltas no le aguantara más y le hiciera *tra*. Hasta te vi metiéndole tu trenza en la boca y diciéndole márchate en paz Oblómov. Pero no. A los que el pescuezo les hace *tra* no se marchan en paz. No. Y Oblómov el Tuerto no se marchará en paz. Lo juro. Se va a ir como una gallina tuerta. De la misma manera que se han ido sus abuelos, su madre, sus amigos. Como un animal apestoso, una rata. Pero en paz no. Se va a ir como una gallina que nunca ha servido para nada. Una gallina que ni siquiera se ablanda en una sopa. Te lo digo yo. Son muchos años mirándolo, soportándolo, corrigiéndole el tiro. Muchos años. Mira cómo está la carpeta. Mira. Y esto es sólo el expediente del cabrón ese. Mira. Hasta tuve el detalle de anotarlo todo en tinta verde para no poder leerlo a la noche y así olvidarme de él. Pero nada. Cada día me llegaban de nuevo sus blasfemias, su delirio, sus obsesiones, sus órdenes. Cada día. Y no tuve más remedio entonces que anotarlas todas, una a una, y ponerle mi cuño encima para que todo se tramitara lo más rápido posible; para que llegado su día no pudiera decir no, no fui yo, ¿yo...? Cuando legalizo algo ya no hay vuelta atrás, te digo. Carpeta y a otra cosa. Pero nada. Con el cabrón éste no hubo siquiera segundas partes. Nada. Ni una

frasecita de arrepentimiento hubo. ¿No soy acaso conocido por mi sentido del perdón, mi indulgencia, mi voluntad para que las cosas marchen bien, mi bondad? Tú lo sabes. Pero no. Con el cabrón éste todo ha ido a peor. Te lo digo yo, que me arrepiento una y mil veces de no haberle arrancado también su ojo izquierdo para que así se metiera buena parte de su vida en lo oscuro, ciego. Así por lo menos se acababa la mentira y el miedo que quiere traer a este mundo, tal y como le hice a su cabrón abuelo, quien después de matar a aquel polaco ni siquiera lo enterró. Lo dejó allí, en medio de la nieve, con la mierda al aire, pudriendose, tal y como sólo hacen los asesinos. ¿Y qué le hice? Pues lo senté en un sofá el resto de su vida hasta que se puso gordo. Muy gordo. Daba pena verlo al final. Una pelota. Cuando murió sus pulmones tenían el tamaño de dos pajaritos embalsamados en grasa. No podía casi respirar. Y ni siquiera así me pidió perdón. ¿Te das cuenta? Ni siquiera así. Todos estos Oblómovs son malos. Mira, aquí está, con el cuño encima. Malos, impíos. Sólo han nacido para humillar. Pero lo que él no sabe es que ya pronto el cuello le va a hacer *tra*. El no sabe eso. Como una gallinita, *tra*, y a otra cosa: Oblómov revolcándose en el piso. Qué alegría me va a dar eso. Hasta volveré a hablar con los enfermeros. Te lo juro. Dejaré que se acerquen y me tomen la presión y me revisen la vista y me digan díme dios, cómo va la cosa hoy, con su bata estúpida y sus aparatos estúpidos y sus pastillitas estúpidas de ese estúpido color azul. Dejaré que todo regrese a la normalidad. Te lo juro. Mira, aquí está el cuño. De hecho, ahora que lo pienso bien, ¿no nos divertiría más si antes de torcerle el cuello a todos los impíos éstos los convertimos primero en gallinitas, una legión de gallinitas, y los ponemos a correr por un patio hasta que todos pongan un huevo? Nada será mejor que eso, Kirilov. Una legión de gallinitas corriendo para poner al unísono un huevo.

CARLOS A. AGUILERA

CIORAN Y LA PODREDUMBRE

El *Breviario de podredumbre* (Précis de décomposition, Gallimard, 1949) de Emil Mihai Cioran, en una nueva edición de la legendaria versión al español de 1972, que realizara y prologara Fernando Savater para la madrileña Editorial Taurus, acaba de ser comprado y releído por mi amiga Rosario...

Rosario sabe del sosiego budista de *respirar*. Y desde esa *inspiración* lee... También averiguó que en sus últimos años, cuando luchaba contra el Alzheimer, Cioran abrazó el budismo; aunque la referencia no debe olvidar que siempre se consideró un “hombre sin biografía”, carente de aventuras recordables. Y hasta sin mudarse de casa, pues no dejó de vivir junto a Simone Boué en una angosta buhardilla cercana al Teatro del Odéon.

Aquí cuento algunos momentos de nuestra conversación sobre el cáustico Breviario; invito a entrar en el exclusivo club de lectores del escéptico pensador en lengua francesa; aunque antes —precisamente hasta este libro— escribiera textos en rumano, su lengua materna. Allí, en un pueblo de la Transilvania de Drácula —nada es casual— llamado Râsinari, nació hace 110 años, en 1911. Tiempo que permite

una observación meliorativa, pues más de un siglo después, a diferencia de otros pensadores que en su momento gozaron de una enorme popularidad, como Jean Paul Sartre, Cioran multiplica ahora mismo su número de lectores.

Es cierto que Eugéne Ionesco y Mircea Eliade —sus amigos y coterráneos— recibieron un reconocimiento más temprano en los círculos intelectuales de Occidente, pero pronto, en la segunda mitad del siglo pasado, el *Breviario* comenzó a abrirlle el sitio que merecía en el grupo élite de las reflexiones filosóficas alejadas de los sistemas cerrados de la modernidad. Sobre todo del marxismo en cualquiera de sus variaciones y recicajes, que acostumbran a ver la masa y abandonar al *individuo*.

Tras concordar en que su condición de pensador voluntariamente marginal e inclasificable dificultó el reconocimiento académico y editorial —algo que, en verdad, le importó bien poco—, Rosario y yo coincidimos en que el auge de los existencialismos, sobre todo el que tuvo al Albert Camus de *El mito de Sísifo* (*Le Mythe de Sisyphe*, 1942) entre sus principales figuras, sintonizó con la zona de voluntarias exageraciones nihilistas en el ideario de Cioran,

que además exhibía —al igual que las novelas y el teatro de Camus— una prosa fascinante, de expresividad poética y sintaxis elíptica, propensa a lograr adictos. Es curioso que los franceses —sobre todo la petulancia parisina— no muy dados a elogiar el francés que hablan o escriben los no naturales de Francia, coincidan en elogiar el estilo de un rumano que para colmo llega a Francia con 26 años. Hay consenso —aunque no se esté de acuerdo con la idea expresada— en admirar la vertiginosidad de sus frases deslumbrantes, aforísticas.

Rosario recordó un aforismo del *Breviario*: “El hastío, esa convalecencia *incurable*”. Y yo le repliqué con este otro: “La historia, esa mezcla indecente de banalidad y apocalipsis”. Rosario con “La humanidad vive amorosamente en los sucesos que la niegan”. Yo en un raro alarde de mi vieja memoria, recordé el epígrafe “Pensadores crepusculares”. Y busqué allí:

“Guardemos aún nuestras dudas, las apariencias de equilibrio y la tentación del destino inmanente, pues toda aspiración arbitraria y fantástica es preferible a las verdades inflexibles”. Fue una fértil tarde... Rosario y yo convinimos con el sagaz culpable de precisar que “El escepticismo es la embriaguez del atolladero”; aunque pasear por los Jardin du Luxembourg sea un placer sin atolladeros, tan cercano —por cierto— a su ático del Distrito VI.

La ironía —irreprimible, aunque al parecer nunca la quiso sujetar— tiene en cada epígrafe del *Breviario* alusiones deliciosas, incendiarias referencias sin la menor censura. Ni la auto burla parece detenerlo. Logra dar la impresión de que no cree en nada ni en nadie. Desafía a poderes y poderosos. El epígrafe “genealogía del fanatismo” parece escrito para los cubanos que aún consumen y se consumen en el castro-comunismo tropical... Y así. Basta con reproducir algunos



enunciados: “En el cementerio de las definiciones”, “Apoteosis de lo vago”, “Filosofía y prostitución”, “Dichosos los epígonos”, “La arrogancia de la oración”... El último epígrafe lo titula con la más filosa provocación a los conservadores: “El hombre carcomido”.

La prosa de Cioran no descansa, apenas tiene breves detenimientos sintácticos para continuar. Hay mucho aire en sus pulmones. Sabe respirar cuando dice: “La originalidad se reduce a la tortura del adjetivo y a una impropiedad sugestiva de la metáfora”; con lo que prueba que se trata de un escritor al estilo de Flaubert, de obsesiones verbales propias de poetas como Valéry, con cuya obra –sobre todo con Monsieur Teste y su sutil amoralidad– no se cansó de dialogar. La impresión de espontánea rapidez que casi siempre se lee con admiración, es fruto inequívoco –como tan bien prueba la cita precedente– de una mente muy consciente de que como las ideas son palabras, sólo viven si se logra expresarlas con el adjetivo justo y la metáfora sugestiva.

Como nada es *casual*, como el azar –según los presocráticos– siempre es una extraña concurrencia, nada más *casual* que la Editorial Casa Vacía, cuyo nombre surge de una frase de Federico Nietzsche (“Sobre ello

podría cantar una canción, y quiero cantarla: aunque esté yo solo en la casa vacía y tenga que cantar para mis propios oídos”), inaugure su revista (*Parva Forma Magazine*) con esta también minimalista (parva) reseña sobre un pensador –Cioran nunca quiso que le llamaran filósofo– que *casualmente* siempre consideró al genial autor alemán como uno de sus tres maestros; junto a Schopenhauer y Bergson.

Rosario finalmente me apunta que el supuesto nihilista rabioso murió viejo, a los ochenta y cuatro años. Y nunca intentó suicidarse, dejar de cuidarse una bronquitis o acomodarse la bufanda para ir a una velada en el cercano piso de sus amigos Suzanne y Samuel Beckett... Nunca dejó de amar sus recorridos en bicicleta por toda Francia. Sobran evidencias sobre el atlético ciclista que refuerzan su condición de inteligente payaso del cinismo, maestro de la paradoja y la hipérbole, brillante psicoanalista –de ahí su admiración por Shakespeare y Dostoievski– en las propensiones trágicas del alma humana, en los desafíos de existir que su *Breviario de podredumbre* nos ayuda a poner entre paréntesis –con Husserl– como fenómenos dignos de podrirse.

JOSÉ PRATS SARIOL

